

Transfiguración de Jesús

Seis a ocho días después de esto, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y los lleva a lo alto de un monte elevado, aparte, solos, adonde sube a orar. Y mientras oraba se transfiguró en presencia de ellos. El aspecto de su rostro se transformó: relumbraba como el sol, y sus vestiduras quedaron blancas como la luz, brillantes sobremanera, centelleantes; tales, que ningún batanero sobre la tierra pudiera dejarlas tan blancas. Y he aquí que se les aparecieron dos varones circundados de gloria, los cuales hablaban con él: eran Moisés y Elías, que trataban de la partida de Jesús, que él había de realizar en Jerusalén. En tanto Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño; mas, despertando a la mitad de su sueño, vieron la gloria de Jesús y a los dos varones que le acompañaban. Y acaeció que al retirarse ellos de él, Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús:

—Señor; Maestro, bueno es que nos estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía qué decir, ni lo que se decía: pues estaban espantados. Hablaba todavía, cuando de pronto se formó una nube esplendorosa que los envolvía; y al entrar ellos en la nube, se atemorizaron. Y he aquí que vino una voz de la nube, que decía:

—Éste es mi Hijo, el amado, en quien tengo mis complacencias: escuchadle.

Cuando se oyó la voz, se hallaba Jesús solo. Al oírla los discípulos cayeron sobre sus rostros, y quedaron sobremanera atemorizados. Acercóseles Jesús, y tocándoles, dijo:

—Levantaos, y no temáis.

Alzando al punto los ojos y mirando alrededor, no vieron ya consigo a nadie, sino sólo a Jesús.

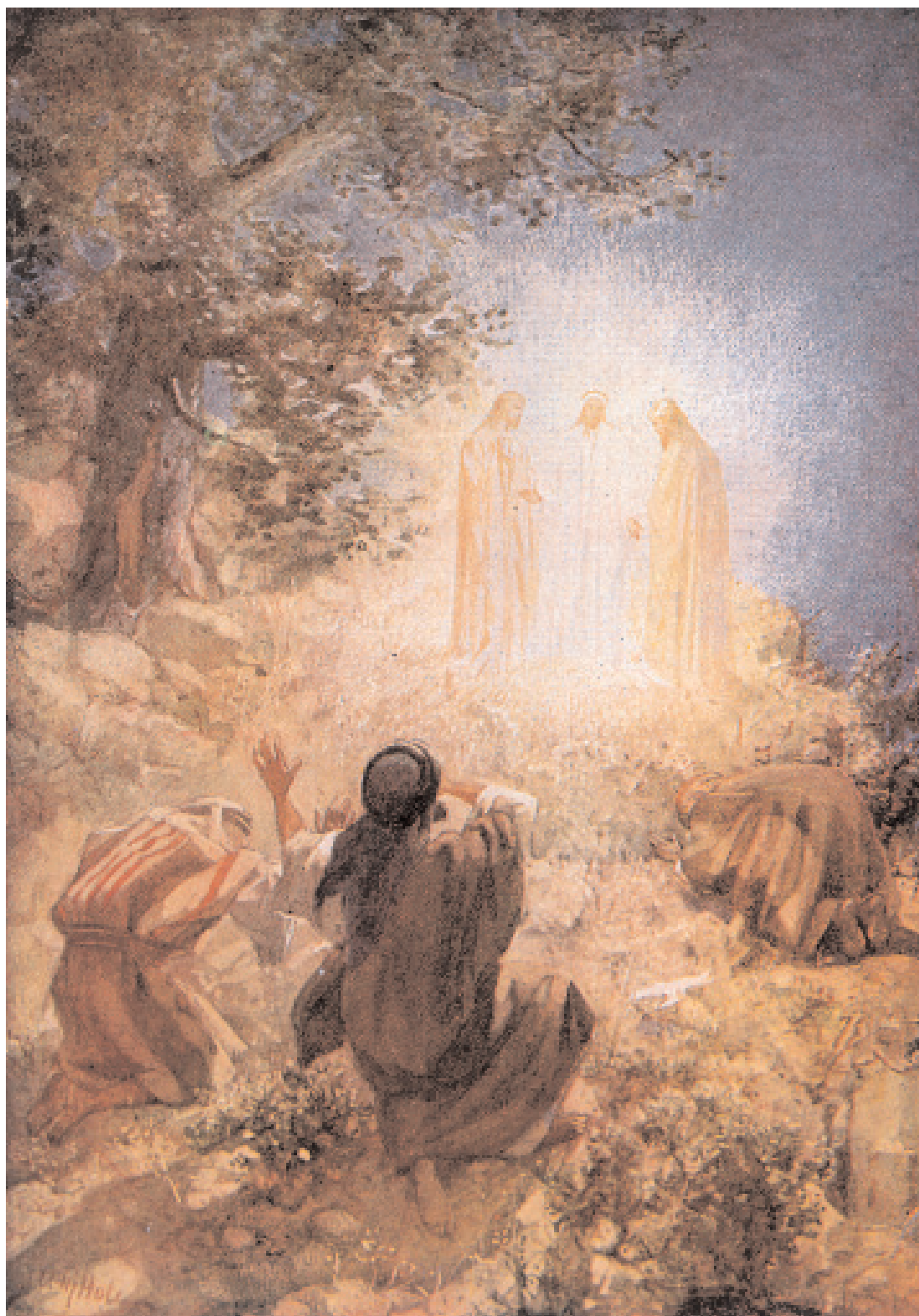
*San Mateo XVII, 1-9; San Marcos IX, 1-8;
San Lucas IX, 28-36.*

Núm. 43.—Explicación de la lámina:

Algunos opinan que la transfiguración no fue en el monte Tabor.

Sin embargo, es más probable la opinión, en cierto sentido tradicional, de que el lugar de la Transfiguración fue el monte Tabor: así lo afirmaban ya San Cirilo de Jerusalén y San Jerónimo: las dificultades contrarias distan mucho de ser convincentes. Es el Tabor una pintoresca colina aislada, solitaria, al Sudeste de Galilea, de unos 320 metros de altura sobre el llano adyacente, y de unos 615 sobre el nivel del mar.

Aunque los evangelistas no lo digan expresamente, todas las circunstancias, empero, indican claramente que la Transfiguración fue durante la noche: con mucha propiedad, pues, ha representado el artista la luz radiante de Jesús en medio de las sombras nocturnas.



43. LA TRANSFIGURACIÓN.

El niño lunático

Cuando Jesús llegó donde estaban los discípulos con mucha gente, uno se le arrodilló delante, diciendo:

—Maestro, te lo ruego, pongas tus ojos sobre mi hijo, porque es el único que tengo. Tiene un demonio mudo, y cuando se apodera de él lo zarandea, rechina los dientes y echa espumarajos. Le pedí a tus discípulos que lo expulsasen y no han podido.

Entonces él, respondiendo, dijo:

—¡Oh raza incrédula!, ¿hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo!

Se lo trajeron, y en cuanto el espíritu lo vio, empezó a zarandearlo, y, caído en tierra, se revolvía echando espumarajos.

Jesús preguntó al padre:

—¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?

El padre respondió:

—Desde la infancia; y a menudo lo ha echado en el fuego o en el agua, queriendo acabar con él. Pero si tú puedes algo, ayúdanos y ten compasión de nosotros.

—¡Que si puedo! —replicó Jesús—. Todo es posible al que cree.

Entonces el padre del niño dijo gritando:

—Yo creo, Señor, pero ayuda tú mi falta de fe.

Entonces Jesús, increpando al espíritu dijo:

—Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando, sal de él y no vuelvas más a él.

Dando un grito y agitándole violentamente, lo abandonó, dejándole como muerto. Pero Jesús tomándolo de la mano, lo levantó, y el niño quedó curado desde aquel momento.

San Mateo X VII, 14-17; San Marcos IX, 14-27; San Lucas IX, 37-43.

Núm. 44.—Explicación de la lámina:

Consecuente consigo, el artista coloca la escena en la tetrarquía de Filipo, no lejos del monte sermón. «La pintura, anota él mismo, ofrece una representación exacta de las afueras de una aldea en la Palestina septentrional, con sus casas de barro, sucias y desaseadas, en cuyos techos se ven las chozas de cañas llamadas succot, que los habitantes ocupan durante los calores asfixiantes del verano. La cumbre nevada del Hermón está representada en el fondo».

El realismo del cuadro sugiere un doble contraste, histórico y artístico, con el grupo inferior de la Transfiguración, de Rafael. Pudiera haberse aprovechado el artista de aquel pasmo de la turba al ver a Jesús, y de aquel movimiento de simpatía con que corrieron a saludarle, según indica San Marcos.



44. EL NIÑO LUNÁTICO.

Jesús libra a una mujer sorprendida en adulterio

Jesús se marchó al monte de los Olivos. Al amanecer, se presentó otra vez en el templo y todo el pueblo venía a él. Y habiéndose sentado, les enseñaba.

Los escribas y fariseos le presentan a una mujer sorprendida en adulterio; y habiéndola puesto en medio, le dicen:

—Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la ley Moisés nos mandó que a semejantes mujeres las apedreásemos: tú, pues, ¿qué dices?

Esto decían tentándole para tener de qué acusarle. Mas Jesús, inclinándose hacia el suelo, escribía con el dedo en la tierra. Mas como ellos persistiesen preguntándole, habiéndose erguido, les dijo:

—El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en apedrearla.

E inclinándose de nuevo hacia abajo, escribía en tierra. Ellos, habiendo oído esto, acusados por la conciencia, se iban retirando uno a uno, comenzando por los más viejos hasta los más jóvenes, y quedó solo Jesús y la mujer de pie en medio. Alzando Jesús la cabeza, y no viendo a nadie fuera de la mujer, le dijo:

—Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te condenó?

Ella dijo:

—Nadie, Señor.

Le dijo Jesús:

—Tampoco yo te condenaré: anda, y no vuelvas a pecar.

San Juan VIII, 1-11.

Núm. 45.—Explicación de la lámina:

Reproducimos el comentario del artista: «La escena se representa como realizada en uno de los grandes claustros o pórticos que rodean los atrios o patios del templo, y que, como el foro en Roma, servían de paseo público y de lugar de reunión. Estos pórticos eran notables por la magnificencia de su construcción y proporciones; sólo el llamado Pórtico Real, al lado Sur, con su cuádruple columnata de 162 columnas, ocupaba un área mayor que la de la catedral de York. El pórtico oriental, conocido con el nombre de Pórtico de Salomón, era probablemente llamado así por haber sido levantado sobre el sitio de alguna construcción análoga en el primer templo.

»A muchos, en los primeros siglos de la Iglesia, casi escandalizaba la condescendencia del Señor con la pobre mujer: no consideraban bien que Jesús, que ve los corazones, muy probablemente vio que estaba arrepentida y dolida de su pecado; por eso Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno, vete y no vuelvas a pecar”».



45. JESÚS LIBRA Y PERDONA A UNA MUJER SO^RPRENDIDA EN ADULTERIO.

El leproso samaritano, agradecido al Señor

Acaeció que, al dirigirse él a Jerusalén, caminaba por entre los confines de Samaría y de Galilea.

Y al entrar él en cierta aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales, manteniéndose a distancia, levantaron la voz diciendo:

Jesús, Maestro, compadécete de nosotros.

Luego que los vio, les dijo:

—Id y mostraos a los sacerdotes.

Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que se había curado, se volvió atrás glorificando a Dios a grandes voces; y cayendo sobre su rostro a los pies de Jesús, le dio gracias. Era un samaritano. Tomando Jesús la palabra, dijo:

—¿No quedaron limpios los diez? Y los otros nueve, ¿dónde están? ¿No se halló quién volviese a dar gloria a Dios, sino ese extranjero?

Y le dijo:

—Levántate y vete; tu fe te ha salvado.

San Lucas XVII, 11-19.

Núm. 46.—Explicación de la lámina:

Sobre la selección del paisaje, anota el artista: «La ciudad de Caná de Galilea, con su fondo de bajas colinas, tal cual se ve desde el camino de Nazaret, sirve de paisaje, a falta de otro más apropiado, para este cuadro». Caná está casi en el centro de Galilea; en cambio, según la expresión empleada por San Lucas, y aun a juzgar por la presencia de un samaritano, la curación de los diez leprosos tuvo lugar en los confines de Samaría y Galilea.

El tiempo en que aconteció este milagro fue poco antes de la última Pascua, cuando Jesús, desde el retiro de Efrén, se dirigió definitivamente a Jerusalén; por eso, la presente lámina estaría mejor colocada después de algunas de las siguientes. Empero, estas pequeñas libertades del artista están colmadamente compensadas con la propiedad, belleza y expresión del cuadro.

En este paisaje debe llamar la atención, sobre todo, el dolor de Jesús que se queja de la falta de agradecimiento de aquellos nueve que habiendo recibido el grandísimo beneficio de la curación, no volvieron a darle las gracias.



46. EL LEPROSO SAMARITANO, AGRADECIDO AL SEÑOR.

Jesús, hospedado en casa de Marta y María

Mientras iban de camino, entró él en cierta aldea; y una mujer, por nombre Marta, le dio hospedaje en su casa. Ésta tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras. Pero Marta andaba muy afanada con los muchos quehaceres del servicio. Y presentándose de pronto, dijo:

—Señor, ¿nada te importa que mi hermana me haya dejado sola con todo el servicio? Dile, pues, que venga a ayudarme.

Y respondiendo, le dijo el Señor:

—Marta, Marta, te inquietas y te azoras atendiendo a tantas cosas; una sola es necesaria: María ha escogido para sí la mejor parte, la cual no le será quitada.

San Lucas X, 38-42.

Núm. 47.—Explicación de la lámina:

En su viaje a Jerusalén para asistir a la fiesta de las Encenias o Dedicación del Templo, a mediados de diciembre —unos cuatro meses antes de su muerte—, se hospedó Jesús en casa de sus sinceros amigos Lázaro, Marta y María. La posición de estos tres hermanos era, a lo que parece, bastante acomodada. Es deliciosa la pintura que hace W. Hole del profundo afecto que los tres muestran al Señor: Lázaro, con su reposada atención; Marta, con sus prisas impacientes; María, sobre todo, con su serena fruición y dulce embelesamiento. El parral que sombrea el huerto da más gracia al conjunto.

Betania, donde vivía Lázaro con sus hermanas, estaba situada sobre la vertiente meridional del monte de los Olivos, a unos tres kilómetros al Sudeste de Jerusalén. En medio de la aldea, hace algunos años, se descubrieron los restos de una antigua capilla, que parece designar el sitio de la casa donde tan cariñoso hospedaje recibió Jesús cuando sus adversarios se habían conjurado para darle muerte.

¿Qué son los Evangelios Concordados?— Los Evangelios Concordados es un libro que recoge todo el contenido de los cuatro Evangelios —hechos y palabras— ordenados cronológicamente, suprimiendo únicamente las repeticiones. Por eso a muchas personas les gusta más y entienden mejor la lectura evangélica en los Evangelios Concordados que en los cuatro Evangelios, y éste es, pues, el motivo por el cual nosotros tanto lo recomendamos.

Lee los EVANGELIOS CONCORDADOS ILUSTRADOS.



47. JESÚS, HOSPEDADO EN CASA DE MARTA Y MARÍA.

Jesús acaricia y bendice a los niños

Y le presentaban los niños, para que pusiese sus manos sobre ellos y orase. Mas los discípulos, al verlo, reñían a los niños y a los que los presentaban. Jesús, que lo vio, lo llevó a mal, y llamando a sí a los pequeñuelos, dijo a los discípulos:

—Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo, que quien no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Y después de abrazarlos los bendecía, poniendo sus manos sobre ellos. Y partió de allí.

*San Mateo XIX, 13-15; San Marcos X, 13-16;
San Lucas XVIII, 15-17.*

Núm. 48.—Explicación de la lámina:

Es deliciosa la narración de San Marcos, pero no hay que desperdiciar un pormenor conservado por San Lucas. Se ve que los pequeñuelos, espantados por las amenazas de los discípulos, huían; el bondadoso Maestro, no contento con reprender a los discípulos, llamaba a los niños; y con tanto cariño los llamaba, que logró atraerlos a sí; los acariciaba, los abrazaba, y poniendo sus divinas manos sobre aquellas cabecitas, los bendecía. Las madres también llevaban sus hijos al amable profeta para que los bendijese, con más confianza, sin duda, que cuando los llevaban a algún rabino de reconocida santidad, o a la misma sinagoga, para que recibieran las bendiciones de los ancianos.

La escena pasaba en la Perea o región oriental, a la otra parte del Jordán, poco antes de la muerte del Salvador. «La disposición arquitectónica de la lámina —anota el artista— está tomada de una plazoleta, cerca de la puerta de Damasco, en Jerusalén».

El mejor libro del mundo es el de los Santos Evangelios, por traer la Historia completa de Jesucristo, hechos y palabras. Pero la mejor edición de los Santos Evangelios no hay duda que es los EVANGELIOS CONCORDADOS ILUSTRADOS, por contener estas mismas ilustraciones y los Evangelios completos concordados y unificados.

Pídelo en cualquier librería religiosa, y si no lo encontraras, pídelo por correo a reembolso de su importe a la Editorial Apostolado Mariano.



48. JESÚS ACARICIA Y BENDICE A LOS NIÑOS.

La resurrección de Lázaro

Las hermanas de Lázaro enviaron a Jesús un recado, diciendo:

–Señor, mira, el que amas está enfermo.

Al oírlo Jesús, dijo:

–Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, mas aunque oyó que estaba enfermo, aun se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Pasado estos, dice a los discípulos:

–Lázaro nuestro amigo, se ha dormido, pero voy a despertarle.

Luego les dice más claramente:

–Lázaro murió, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Por eso vamos a su casa.

En Betania, Jesús acompañado de Marta y María y mucha gente, fue al sepulcro y les dijo:

–Quitad la piedra.

Marta le dijo:

–Señor ya huele mal, que lleva cuatro días muerto.

Jesús le dice:

–¿No te dije que si creyeres verás la gloria de Dios?

Quitaron, pues, la piedra. Y Jesús, alzando sus ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo ya sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por la gente que me rodea, a fin de que crean que tú me enviaste.

Dicho esto, exclamó con voz poderosa:

–¡Lázaro, ven afuera!

Salió el difunto atado de pies y manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Jesús les dijo:

–Desatadle y dejadle andar.

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que hizo, creyeron en él.

San Juan XI, 1-46.

Núm. 49.–Explicación de la lámina:

El mismo artista da razón de su obra: «La pintura representa un tipo de sepulcro que, aunque no es tan común como otros en los alrededores de Jerusalén, ha sido con todo escogido como más en armonía con la narración de lo que aconteció en el presente caso. Es indudablemente el tipo de sepulcro cual se indica más adelante, y da a entender la significación de la piedra que rodando es apartada del sepulcro. La entrada de la sepultura está en el fondo de una serie de gradas y cubierta con una piedra en forma de disco, a manera de una rueda de molino, que puede rodar hacia atrás dentro de una hendidura abierta en la peña para recibirla. El hombre arrodillado en el fondo acaba de ejecutar visiblemente esta operación. La entrada se cierra haciendo rodar la piedra hacia adelante, sujetándola luego por detrás con un pedrusco, para evitar que retroceda, y cubriendo, finalmente, la hendidura antes mencionada con una placa, que, sujeta con argamasa, deja el sepulcro sellado.



49. LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO.

Jesús quiere hospedarse en casa de Zaqueo

Y llegan a Jericó. Y habiendo entrado, atravesaba la ciudad. Y he aquí que un hombre, llamado por nombre Zaqueo, que era jefe de publicanos y estaba rico, buscaba cómo ver quién era Jesús, y no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Y echando a correr hasta ponerse delante, se subió a un sicómoro para verle, pues debía pasar por allí. En llegando a aquel sitio, Jesús, alzando la vista, le dijo:

—Zaqueo, date prisa en bajar; porque hoy me he de hospedar en tu casa.

Bajó a toda prisa, y le hospedó gozoso. Viendo esto, murmuraban todos diciendo:

—Ha entrado a hospedarse en casa de un hombre pecador.

De pie Zaqueo, dijo al Señor:

—He aquí que la mitad de mis bienes, Señor, la doy a los pobres; y si algo defraudé a alguno, le restituyo el cuádruplo.

Le dijo Jesús:

—Hoy ha venido la salud a esta casa, por cuanto también él es hijo de Abrahán; porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar los que habían perecido.

San Lucas XIX, 1-10.

Núm. 50.—Explicación de la lámina:

Jesús está ya cerca de Jerusalén. Pasado el Jordán, ha llegado a Jericó. Era Jericó una ciudad en cierto modo elegante, reedificada por Herodes junto al escarpado camino que desciende de Jerusalén al llano del Jordán.

Era Zaqueo jefe de los publicanos, esto es, uno de los agentes superiores, representante de la compañía arrendataria de aduanas y jefe de los colectores subalternos. Tales jefes solían enriquecerse fácilmente, y eran mirados con odio y abominación por los judíos.

El sicómoro sobre el cual subió Zaqueo es el *figus sycomorus* de Linneo, de unos 13 a 16 metros de altura, cuyas ramas, espesas y frondosas, se extienden horizontalmente. Imita en su forma al moral blanco y en sus frutos a la higuera. Esta especie de higos, pequeños y bastos, sólo se comían en caso de necesidad, y para que madurasen habían de pellizcarse con pinzas de hierro.



50. JESÚS QUIERE HOSPEDARSE EN CASA DE ZAQUEO.

Jesús restituye la vista al ciego Bartimeo

Y cuando llegaba ya cerca de Jericó, sucedió que un ciego, Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo la turba que por allí pasaba, preguntaba qué era aquello. Y le enteraron de que pasaba Jesús, el de Nazaret...

Al salir de Jericó con sus discípulos, le siguió gran gentío. Y he aquí que dos ciegos, Bartimeo y otro, estaban sentados junto al camino mendigando. Los cuales oyendo que pasaba por allí Jesús el de Nazaret, comenzaron a dar voces diciendo:

—Señor, Jesús, Hijo de David, ten compasión de nosotros.

Y muchos de los que iban delante les reprendían para que callasen; mas ellos gritaban mucho más, diciendo:

—Señor, Hijo de David, ten piedad de nosotros.

Deteniéndose Jesús, dijo:

—Llamadles.

Y llaman a los ciegos, diciéndoles:

—Ánimo; levantaos, que os llama.

Bartimeo, arrojando de sí la capa, se levantó de un salto, y con el otro vino a Jesús. Y cuando estaban ya cerca, Jesús, dirigiéndoles la palabra, les preguntó:

—¿Qué queréis que haga con vosotros?

Los ciegos le dijeron:

—Señor, que se abran nuestros ojos y veamos.

Compadecido Jesús de ellos, tocó sus ojos, y les dijo:

—Ved; id, vuestra fe os ha salvado.

Y al punto recobraron la vista, y le siguieron en el camino, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios.

San Mateo XX, 29-34; San Marcos X, 46-52;

San Lucas XVIII, 35-43.

Núm. 51.—Explicación de la lámina:

«El sitio de Jericó —observa W. Hole— es aún hoy día un oasis en el desierto que lo rodea; mas ni su fertilidad ni su extensión pueden compararse con lo que fueron en tiempos antiguos, y apenas queda huella de los celebrados bosques de árboles aromáticos y frutales ni de las palmas, que merecieron a Jericó el renombre de ciudad de las palmas y que hacían del llano contiguo el jardín de Palestina —el país divino, como lo llama Josefo—. Esta fertilidad dependía enteramente del regadío sabiamente distribuido; de doce acueductos por lo menos ha hallado vestigios el coronel Conder.»



51. JESÚS RESTITUYE LA VISTA AL CIEGO BARTIMEO.

Entrada triunfal de Cristo en Jerusalén

Al día siguiente, cuando volvieron cerca de Jerusalén y llegaron a Betfage, en el monte de los Olivos, entonces Jesús despachó a dos de sus discípulos, diciéndoles:

—Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego en entrando en ella hallaréis una asna atada, con su pollino también atado, sobre el cual todavía no se ha sentado hombre alguno; desatadlos y traédmelos aquí...

Y llevaron el asna y el pollino a Jesús. Y echando sus mantos encima del pollino, hicieron montar a Jesús, quien se sentó sobre él. Esto pasó así, para que se cumpliese lo dicho por el profeta (Zach. 9, 9) que dice:

Decid a la Hija de Sión: no temas:

He aquí que tu rey viene a ti,

manso, montado sobre un asna

y sobre un pollino, hijo de animal uncido al yugo.

Siguiendo él su camino, la muchedumbre que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; otros cortaban ramas de los árboles que había en los campos y con ellas alfombraban el camino. Y llegando él ya cerca de la bajaba del monte de los Olivos, todas las turbas de los discípulos, los que iban delante y los que seguían detrás, comenzaron gozosos a alabar a Dios con grandes voces por todas las maravillas que habían visto, diciendo:

¡Hosanna al Hijo de David!

¡Bendito el rey, el que viene en el nombre del Señor!

¡Bendito el reino, que viene, de nuestro padre David!

¡Paz en el cielo, hosanna y gloria en las alturas!

La gran muchedumbre que había venido a la fiesta, oyendo que Jesús venía a Jerusalén, tomaron los ramos de las palmas, y salieron a su encuentro, y clamaban:

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, y el rey de Israel!

*San Mateo XXI, 1-9; San Marcos XI, 1-10;
San Lucas XIX, 29-40; San Juan XII, 12-16.*

Núm. 52.—Explicación de la lámina:

Para representar la puerta por la cual Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, ha utilizado el artista una de las puertas actuales de Hebrón, por tener traza de mucha mayor antigüedad que ninguna de las que al presente se hallan en Jerusalén.

El encuentro de Jesús con Pilatos no es imposible, aunque no muy probable. Con él ha querido sensibilizar W. Hole el contraste entre la humildad del reino de Dios y la soberbia del imperio mundano.



52. ENTRADA TRIUNFAL DE CRISTO EN JERUSALÉN.

Preguntan a Jesús los sanhedritas con qué autoridad enseñaba y mandaba en el templo

Y vuelven otra vez a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo, como se pasease por él enseñando al pueblo y anunciando el Evangelio, se le presentaron de improviso los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, y le dijeron:

–Dinos: ¿con qué autoridad haces eso? ¿Y quién te dio autoridad para hacer eso?

Respondiendo Jesús, les dijo:

–También yo os haré una pregunta, a la cual, si me respondéis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres? Respondedme.

Ellos discurrían entre sí, diciendo:

–Si decimos «del Cielo», nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?; y si decimos: «De los hombres», todo el pueblo nos apedreará, porque está persuadido de que Juan era profeta.

Temían al pueblo, porque todos, en efecto, tenían a Juan como profeta. Y respondiendo, dijeron a Jesús:

–No lo sabemos. `

Les dijo también él:

–Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto.

*San Mateo XXI, 23-27; San Marcos XI 27-33;
San Lucas XX, 1-8.*

Núm. 53.–Explicación de la lámina:

Es el martes, 12 de Nisán (4 de abril), el último día del ministerio evangélico de Jesús, el día de las controversias supremas, de las tremendas parábolas, de las invectivas y maldiciones. El día precedente, Jesús arrojó del Templo por segunda vez a los profanadores de la casa de Dios; hoy, de mañana todavía, se puso a enseñar en el Templo. Fuera de sí, de furor y de envidia, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo –las tres clases que constituían el Sanhedrín– se acercan a Jesús y le preguntan quién le ha dado autoridad para enseñar y mandar en el Templo. Este momento es el que ha representado magistralmente W. Hole. Supone el artista, con razón, que esta controversia tuvo lugar en uno de los grandes atrios exteriores del Templo, cuya construcción, comenzada cuarenta y nueve años antes, todavía no había entonces terminado, ni había de terminar jamás enteramente según los planos primitivos.



53. PREGUNTAN A JESÚS LOS SANHEDRITAS CON QUÉ AUTORIDAD ENSEÑABA Y MANDABA EN EL TEMPLO.

Jerusalén contemplada por Jesús al atardecer

Por aquellos días se fue a la montaña para orar, y estuvo toda la noche en oración con Dios.

San Lucas VI, 12.

Y estaba Jesús durante todo el día enseñando en el templo; y por las noches, saliendo de la ciudad, moraba en el monte llamado de los Olivos.

San Lucas XXI, 37.

Núm. 54.—Explicación de la lámina:

Nadie mejor que el artista declarará lo que ha querido él expresar en su cuadro: Si hacia la puesta del sol subimos la cuesta del monte Olivete y nos detenemos a contemplar la escena que se domina, el panorama de la ciudad que se ofrece a la vista es en sus rasgos principales esencialmente semejante a aquel sobre el cual descansaran los ojos de Jesús cuando a la noche salía y se quedaba en el monte llamado de las Olivas. A lo lejos está el Templo con su sagrado recinto..., dedicado a la adoración de Yahvé. La ciudadela de Jerusalén rompe la línea del cielo donde estuvo la torre del Híppico, y a la izquierda, enfrente del sol que se pone, los cipreses del huerto de un monasterio señalan el sitio ocupado en otro tiempo por el palacio de Herodes. Siloé está, como antiguamente, al lado de acá, dominando los valles de Hinnom y Cedrón, y hoy, como en tiempos pasados, los olivares de abajo y los árboles cercanos pudieron muy bien dar el nombre que lleva el monte sobre el cual estamos.

¡La oración de Jesús! ¿Cómo sería? Con su corazón desbordante de amor al Padre... La oración era para Jesús lo mejor, lo más importante y gozoso de su vida. Se podría decir que en ella está la explicación de todo lo que hizo el Señor. Toda la vida de Jesús era oración, porque todo lo hacía unido al Padre, con la fuerza del Espíritu. Pero en esos largos ratos, en esas noches enteras de oración apartado de la gente, dialoga con el Padre y repite constantemente aquel ofrecimiento: «Aquí estoy ¡Oh Dios! para hacer tu voluntad». «Heme aquí que he venido para hacer tu voluntad» (Heb. 10, 1-10).



54. JERUSALÉN CONTEMPLADA POR JESÚS AL ANOCHECER.

Lava Jesús los pies a sus discípulos

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado para él la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y comenzada la cena, como ya el diablo hubiese puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle, sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había venido y a Dios volvía, se levanta de la cena y se quita la vestidura, y habiendo tomado un lienzo se ciñó con él. Luego echa agua en el barreño, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Llega, pues, a Simón Pedro, y éste le dice:

—Señor, ¿tú me lavas los pies?

Respondió Jesús y le dijo:

—Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora; lo sabrás después.

Le dice Pedro:

—No me lavarás los pies nunca jamás.

Le respondió Jesús:

—Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.

Le dice Simón Pedro:

—Señor, no solamente mis pies, sino también las manos y la cabeza.

Le dice Jesús:

—El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse sino los pies, porque está limpio todo él. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

Porque sabía quién le entregaba, por esto dijo: «No todos estáis limpios».

San Juan XIII, 1-11.

Núm. 55.—Explicación de la lámina:

Para representar el cenáculo o aposento superior, grande y amueblado, de que hablan San Marcos y San Lucas, donde el Señor celebró la última cena, ha tomado el artista como modelo una de las casas que pasan por más antiguas en Jerusalén. A las líneas generales del aposento, con su techo abovedado y su cúpula achatada, su poyos y sus entradas de baldosas coloradas, donde los huéspedes dejan su calzado antes de pisar el piso alfombrado del aposento, pueden... ser consideradas como típicas de semejantes habitaciones del período de que se trata.

El recostarse para comer en los divanes con los pies descalzos hacia afuera explica la facilidad con que el Maestro pudo lavar los pies a sus discípulos. El hecho mismo se lo sugirió a la amorosa humildad de Jesús el rito de lavarse las manos los convidados inmediatamente después de la primera copa de vino y antes de comenzar a comer el cordero pascual.



55. JESÚS LAVA LOS PIES A SUS DISCÍPULOS.

Institución de la Eucaristía

Yo, en realidad, he recibido del Señor lo que también os he transmitido a vosotros: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan, y, habiendo dado gracias, lo partió y se lo dio, diciendo:

–Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía.

Así también, después de haber cenado, tomó el cáliz diciendo:

–Tomad y bebed todos de él porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, la que por vosotros y por la muchedumbre de los hombres es derramada, para remisión de los pecados. Haced esto cuantas veces lo bebáis en memoria mía. Porque cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que vuelva. De suerte que quien comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Pruébese a sí mismo el hombre, y así coma del pan y beba del cáliz, porque quien come o bebe sin discernir el cuerpo del Señor, se come y bebe su propia condenación.

*San Mateo XXVI, 26-29; San Marcos XIV, 22-25;
San Lucas XXII, 19-20; 1 Cor. XI, 23-29.*

Núm. 56.–Explicación de la lámina:

Para hacerse cargo de las circunstancias exteriores en que Jesús instituyó la Eucaristía, es conveniente recordar la forma ritual en que se celebraba la cena pascual en tiempo de Jesús. Después de una primera copa y de las abluciones de las manos, se presentaban los manjares. Gustadas las hierbas amargas, y servida una segunda copa, el padre de familia, respondiendo a la pregunta del más joven –Jesús aquí respondiendo a la pregunta de San Juan– explicaba la historia y los ritos de la cena pascual; luego bebían todos de esta copa, mientras cantaban la primera parte del Hal-lel –Salmo 112 y principio del 113. A esto seguía la cena, que consistía principalmente en los panes ázimos y el cordero. Una tercera copa, llamada cáliz de bendición, y otra final, durante la cual se cantaba la segunda parte del Hal-lel –Salmos 113, 9-117– daban fin a la cena. La consagración del pan fue hacia el fin de la cena; el cáliz fue probablemente el cáliz de la bendición, como insinúa San Pablo.

La disposición de los comensales adoptada por el artista no pasa de probable. No es cierto tampoco si Judas el traidor participó o no del convite eucarístico: más bien parece que no.



56. INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.

La oración del Huerto

Salió Jesús con sus discípulos y se fue al otro lado del torrente Cedrón, y, llegando a Getsemaní, tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y, entrando en el Huerto, les dijo:

—Sentaos aquí mientras yo voy allí a orar. Orad para que no entréis en tentación. ¡Mi alma siente una tristeza mortal!

Y separándose de ellos como un tiro de piedra, puesto de rodillas, oraba, diciendo:

—¡Padre, si quieres aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya! y, volviendo a los discípulos los halló durmiendo y dice a Pedro:

—Simón, ¿duermes? Conque ¿no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en la tentación. El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne es flaca.

Y retirándose de nuevo oró por segunda vez diciendo las mismas palabras: «¡Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad!» Y habiendo vuelto los halló otra vez durmiendo, porque sus ojos estaban cargados, y no sabían qué responderle.

Y habiéndolos dejado se retiró de nuevo, y oró por tercera vez diciendo las mismas palabras. Entonces se le apareció un ángel bajado del cielo, que le confortaba. Y entrando en agonía oraba con más intensidad. Y le sobrevino un sudor como gotas de sangre, que le caía hasta el suelo.

Y levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza, y les dice: ¡Dormid ya y descansad! ¿Os dormís? Basta; he aquí que ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores.

*San Mateo XXVI, 30-46; San Marcos XIV, 26-42;
San Lucas XXII, 39-46; San Juan XVIII, 1-2.*

Núm. 57.—Explicación de la lámina:

Getsemaní, etimológicamente significa «lagar de aceite» y la expresión de predio o huerto, era, al parecer, un campo cercado, plantado de olivos. Estaba situado a la otra parte del torrente Cedrón, casi al pie mismo del monte de los Olivos.

La pintura de W. Hole reproduce admirablemente el paisaje nocturno de Getsemaní. La luna que estaba entonces en su lleno, cuando Jesús oraba, se elevaba sobre el horizonte, y daba al aspecto un aire misterioso.



57. LA ORACIÓN DEL HUERTO.

El prendimiento de Jesús en el Huerto

Luego al punto, estando Jesús hablando todavía, he aquí que Judas el Iscariote, uno de los Doce, llega allí. Venían con él la cohorte y ministros de los sumos sacerdotes y fariseos, y además una turba numerosa, con hachas y linternas, con espadas y bastones... Judas iba delante de ellos. El traidor les había dado la contraseña diciendo: —«Aquel a quien yo besare, él es: asidle y llevadle cautelosamente».

Así que llegó, Judas se acercó a Jesús para besarle, y le dijo:

—Salud, Maestro.

Y le besó fuertemente. Mas Jesús le dijo:

—Amigo, ¿a qué has venido?... ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?

Jesús, pues, sabiendo todo lo que iba a sobrevenirle, se adelantó y les dijo:

—¿A quién buscáis?

Le respondieron:

—A Jesús el de Nazaret.

Les dice Jesús:

—Yo soy.

Estaba también con ellos Judas el que le entregaba. Pues como les dijo: «Yo soy», volvieron atrás y cayeron en tierra...

En aquella hora dijo Jesús a los que habían venido en busca de él, sumos sacerdotes, capitanes del templo y ancianos:

—Como contra un salteador habéis salido a prenderme con espadas y bastones. Cada día estaba yo con vosotros sentado en el Templo enseñando, y no extendisteis las manos contra mí para prenderme. Mas todo esto ha pasado para que se cumplan las Escrituras de los Profetas. Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Y, echándole mano lo prendieron.

San Mateo XXVI, 47-57; San Marcos XIV, 45-50;

San Lucas XXII, 47-53; San Juan X VIII, 3-13.

Núm. 58.—Explicación de la lámina:

Según los tres primeros evangelistas, los que fueron a prender a Jesús eran una turba: Judas iba delante de ellos para guiarles y mostrarles a Jesús. San Juan dice más en particular que los que fueron a prender a Jesús eran los criados de los judíos y la cohorte romana, incompleta por supuesto, con su tribuno. Además de las armas, que eran espadas y bastones, llevaban hachas y linternas, principalmente para reconocer a Jesús. Detrás de la turba, a lo que parece, iban algunos príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo y algunos jefes de la guardia del Templo.



58. EL PRENDIMIENTO DE JESÚS EN EL HUERTO.

El proceso religioso: Jesús delante del Sanhedrín

Y llevaron a Jesús a casa de Caifás el sumo sacerdote, donde se habían congregado los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos.

Los sumos sacerdotes y el Sanhedrín entero buscaban algún falso testimonio contra Jesús, a fin de darle muerte. Mas no lo hallaron, a pesar de haberse presentado muchos falsos testigos; porque testificaban en falso y no eran acordes sus testimonios. Al fin, presentándose dos falsos testigos, dijeron:

–Éste dijo: «Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días edificarlo».

–Nosotros le hemos oído decir: «Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano».

Y así no era acorde su testimonio. Y levantándose el sumo sacerdote y adelantándose hacia el medio, interrogó a Jesús, diciendo:

–¿Nada respondes a lo que éstos testifican contra ti?

Mas Jesús callaba, y nada respondió.

De nuevo el sumo sacerdote le interrogó diciendo:

–Te conjuro por el nombre de Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios bendito.

Le dice Jesús:

–Tú lo dijiste: Yo soy; empero yo os digo, pasada esta hora, veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo.

Entonces el sumo sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo:

–Blasfemó; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia: ¿qué os parece?

Ellos todos dieron sentencia contra él diciendo:

–Reo es de muerte.

San Mateo XX VI, 57-66; San Marcos XIV, 53-64.

Núm. 59.–Explicación de la lámina:

El tribunal ante el cual compareció Jesús fue el Sanhedrín, especie de senado o asamblea permanente que tenía su asiento en Jerusalén. Era el Sanhedrín la suprema autoridad de la nación, pero que ahora no conservaba sino el poder judicial, y aun éste muy limitado, pues no podía proceder a ninguna ejecución capital sin la autorización del procurador romano. El oficio actual del Sanhedrín era, pues, simplemente instruir el proceso, juzgar la culpabilidad del reo y denunciarle al procurador. La disposición del Sanhedrín era la que presenta el cuadro: en el centro, el presidente; a derecha e izquierda, en divanes semicirculares, los otros miembros: príncipes de los sacerdotes, ancianos del pueblo y legisperitos; a uno y otro extremo un escriba, que anotaba las acusaciones de los testigos y las decisiones del tribunal.



59. EL PROCESO RELIGIOSO: JESÚS DELANTE DEL SANHEDRÍN
PRESIDIDO POR CAIFÁS

Jesús mira a Pedro, que acaba de negarle

Pedro iba siguiendo de lejos a Jesús y con él otro discípulo. El otro discípulo, que era conocido del sumo sacerdote, habló con la portera e introdujo dentro a Pedro. Y la portera dice a Pedro:

—¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?

Él le contesta:

—No soy.

Los criados habían hecho fuego en medio del atrio, porque hacia frío, y, junto al fuego, se calentaban. Pedro se acercó también al fuego para calentarse, esperando ver en qué paraba aquello. De nuevo la portera, mirándole fijamente, le dijo:

—Tú también estabas con Jesús Nazareno.

Pero él lo negó en presencia de todos, diciendo:

—¡Mujer, no lo conozco! No sé ni entiendo lo que dices.

Y saliendo al vestíbulo, cantó un gallo. Y viéndolo de nuevo en el vestíbulo, otra muchacha le dice a los circunstantes:

—También éste estaba con Jesús el Nazareno.

Pero él lo negaba, y, puesto en pie se calentaba. Le dijeron:

—¿No eres tú también de sus discípulos?

Pedro lo negó otra vez y, jurando, dijo:

—No lo soy ni conozco a tal hombre.

Y al cabo de una hora, acercándose, varios dijeron a Pedro:

—Seguro que tú eres de ellos, pues eres galileo, tu habla te descubre.

Y un pariente de aquel al que Pedro le había cortado la oreja, le dijo.

—¿Acaso no te vi yo en el huerto con él?

Pedro lo negó de nuevo, y mientras hablaba, cantó por segunda vez el gallo. Y volviéndose el Señor que pasaba, miró a Pedro. Y entonces Pedro se acordó de las palabras del Señor, que le había dicho: «Antes de que el gallo cante dos veces tú me habrás negado tres». Y empezó a llorar, y saliendo fuera, lloró amargamente.

San Mateo XXVI, 58-75; San Marcos XIV, 54-72:

San Lucas XXII, 54-62; San Juan XVIII, 15-18, 25-27.

Núm. 60.—Explicación de la lámina:

El palacio de Caifás, como generalmente las casas de los ricos, tenía un atrio o patio central, adonde daban los principales departamentos del edificio. Un vestíbulo abovedado lo ponía en comunicación con la calle.

Pedro, que deseaba ver en qué paraba la prisión del Señor, logró entrar en el palacio y se juntó con los criados que estaban en el patio, calentándose a la lumbre. Las noches de primavera son muy frías en Jerusalén. Dice San Lucas que: El Señor miró a Pedro después de la tercera negación. Parece ser que el Señor, al ser conducido a la segunda sesión del Sanhedrín, por la madrugada, pasó por el patio, donde Pedro estaba echándose maldiciones sobre que no conocía a Jesús. Precisamente el segundo canto del gallo coincide con el rayar del alba, cuando se juntó por segunda vez el Sanhedrín para deliberar principalmente sobre el modo de presentar la acusación para arrancar del procurador la sentencia de muerte contra Jesús.

No hay que decir que el momento escogido por el artista es el más interesante.



60. JESÚS MIRA A PEDRO, QUE ACABA DE NEGARLE.

Jesús es presentado ante Pilato

Y habiéndolo atado, llevan a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era temprano, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua.

Salió, pues, Pilato a ellos y les dijo:

–¿Qué acusación traéis contra este hombre?

Respondieron y le dijeron:

–Si éste no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado.

Pilato les dijo:

–Tomadle vosotros y juzgarle según vuestra ley.

Los judíos le dijeron:

–Nosotros no tenemos poder de matar a nadie.

Y así se cumplía lo que Jesús había dicho indicando de qué muerte había de morir...

Y comenzaron a acusarlo, diciendo:

–Hemos averiguado que éste perturba nuestra nación y prohíbe pagar los impuestos al César, y se llama a sí mismo el Mesías Rey.

*San Mateo XXVII, 2; San Marcos XV, 1;
San Lucas XXIII, 1-2; San Juan XVIII, 28-32.*

Núm. 61.–Explicación de la lámina:

Esta lámina es preciosa. Aquí el artista demostró todo su talento. A Jesús se le ve con una gran dignidad humildemente, mirando al suelo y con las manos atadas a la espalda como si fuera un malhechor. Los judíos insisten en acusarle de numerosos delitos que no ha cometido. Mientras tanto el gobernador piensa seriamente que nada de aquello que le acusan merece la muerte, y que además intuye que todas las acusaciones son fruto de la envidia y del odio que le tienen por haberles descubierto sus vicios, sus rapiñas y todas sus malas acciones.

Le acusan falsamente de que prohíbe pagar los impuestos al César, cuando era evidente que Jesús había dicho: «Pagad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 17). Los judíos odiaban al César y no querían pagarle los impuestos, sin embargo ahora, para obligar a Pilato a que condenara a Jesús, lo acusan falsamente de que prohíbe pagar los impuestos y tributos.



61. EL PROCESO CIVIL: JESÚS ES PRESENTADO A PILATO.

Es Jesús interrogado secretamente por Pilato

Entró, pues, Pilato otra vez en el pretorio, y llamó a Jesús, a quien interrogó diciendo:

—¿Tú eres el rey de los judíos?

Respondió Jesús:

—¿Dices tú eso de ti mismo, o es que otros te lo han dicho de mí?

Respondió Pilato:

—¿Por ventura soy yo judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te me han entregado: ¿qué has hecho?

Respondió Jesús:

—Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros lucharían para que yo no fuera entregado a los judíos. Mas mi reino no es de aquí.

Le dijo, pues, Pilato:

—¿Luego tú eres rey?

Respondió Jesús:

—Tú lo dices: soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio a la verdad. Todo el que es de la verdad, oye mi voz.

Le dice Pilato:

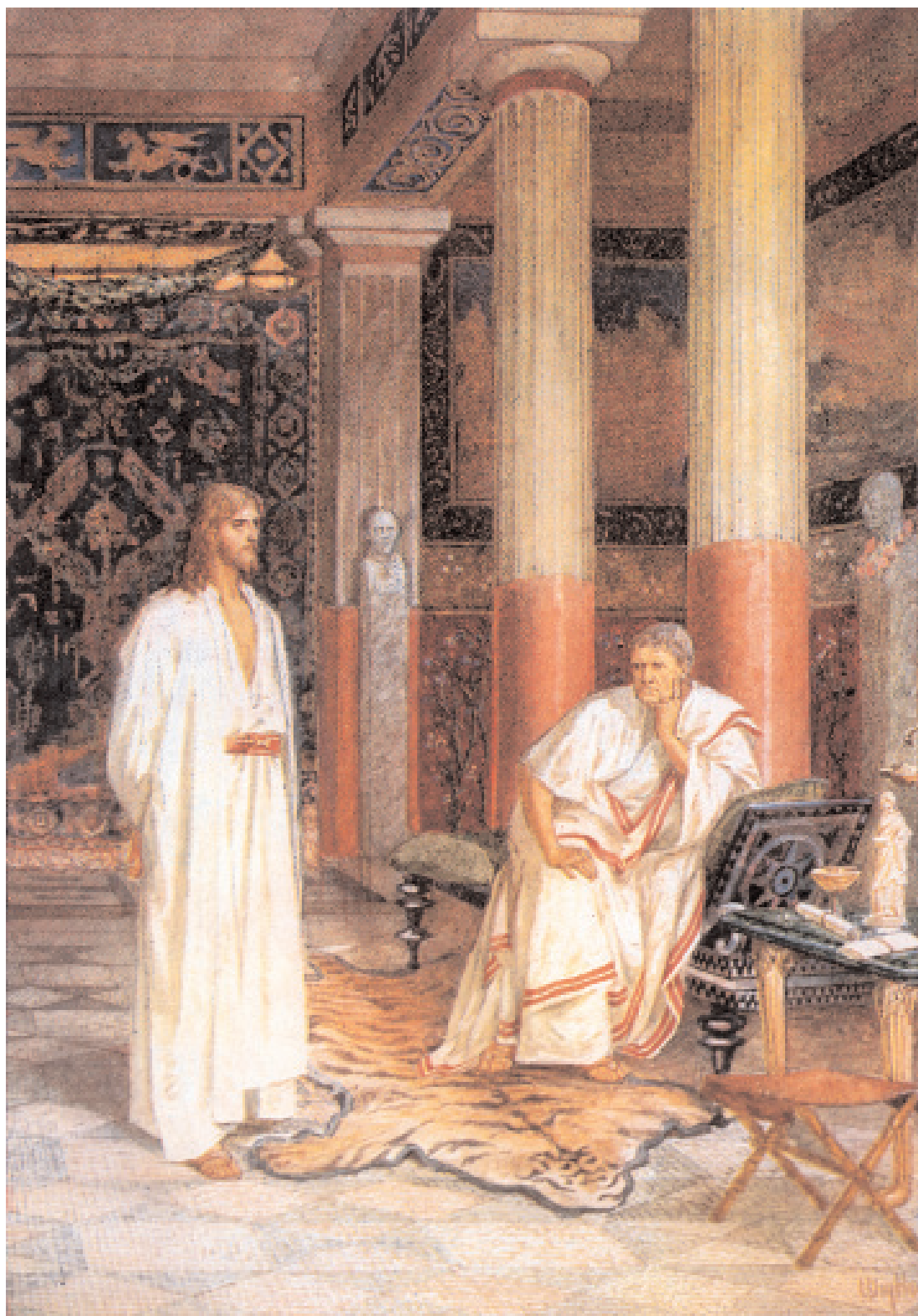
—¿Qué es la verdad?

*San Mateo, XX VII, 11; San Marcos, X V, 2;
San Lucas, XXIII, 3; San Juan, XVIII, 33-38.*

Núm. 62.—Explicación de la lámina:

Sobre la disposición arquitectónica de la escena, anota el artista: «Si el palacio de Herodes estaba construido según el plano ordinario de los edificios romanos, el interrogatorio secreto de Jesús se efectuaría, naturalmente, o en la biblioteca o en el despacho de Pilato —departamentos situados comúnmente uno enfrente del otro, a ambos lados de un corto corredor que conducía desde el extremo de un espacioso atrio a las habitaciones y aposentos interiores del palacio».

El proceso de Jesús ante Pilato se divide en dos partes, separadas por la presentación ante Herodes. La primera parte, combinados los relatos de los evangelistas, parece que siguió estos pasos. Al llegar al Pretorio los sanhedritas se quedaron fuera, mientras Jesús fue llevado adentro, Sale Pilato afuera al Gabba tha, a lo que parece, con Jesús, y exige a los judíos que presenten sus acusaciones. Oídas éstas vuelve adentro, llama a Jesús y le interroga a solas. Convencido de su inocencia, sale otra vez Pilato afuera con Jesús, y oyendo que el reo era galileo, le remite al tetrarca Herodes.



62. Es Jesús INTERROGADO SECRETAMENTE POR PILATO.

Jesús ante Herodes Antipas

Y diciendo esto, salió de nuevo a los judíos, y dice a los sumos sacerdotes y a las turbas:

—Yo ninguna causa hallo en este hombre.

Le acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos de muchas cosas, y él nada respondió. Pilato le interrogó de nuevo diciendo:

—¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan.

Mas Jesús no respondió ya nada a ninguna palabra, hasta el punto de maravillarse Pilato sobremanera. Pero ellos urgían diciendo:

—Amotina el pueblo enseñando por toda la Judea, habiendo comenzado de Galilea hasta aquí.

Pilato, oyendo Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Y entendiendo que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que estaba también él en Jerusalén por estos días.

Herodes, viendo a Jesús, se regocijó en extremo; porque desde hacía mucho tiempo estaba deseoso de verle, pues oía decir muchas cosas de él, y esperaba verle hacer algún prodigio. Y le hacía numerosas preguntas. Mas él no respondió nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole pertinazmente-. Herodes, menospreciándole y haciendo burla de él juntamente con su cuerpo de guardia, le vistió un ropaje blanco, y le remitió a Pilato. Y aquel día se hicieron amigos Herodes y Pilato, pues eran enemigos entre sí.

San Mateo XXVII, 12 -14; San Marcos XIV, 3-5;

San Lucas XXIII, 4-12; San Juan XVIII, 38.

Núm. 63.—Explicación de la lámina:

¡Cuánta verdad! ¡Qué contraste tan profundo en la escena, maravillosamente reproducida por el artista! Herodes Antipas, el disoluto tetrarca de Galilea, el hombre corrompido y cruel, el verdugo infame de Juan Bautista, ha venido a Jerusalén a las diversiones de la Pascua, para interrumpir por unos días la molición monótona y gastada de su palacio de Tiberiades. En el antiguo palacio de los Hasmoneos se estaba solazando con sus amigas —Herodíades, la adúltera esposa del hermano de Herodes, y su hija Salomé, la impúdica danzarina del cruento banquete— cuando recibió la noticia de que Pilato le remitía en calidad de reo al famoso taumaturgo de Galilea, a quien tanto tiempo hacía deseaba ver. Acompañado de sus amigas y de su perro sale el tetrarca a recibir al reo, esperando divertirse un rato con alguna exhibición prodigiosa del taumaturgo. Jesús, ni una palabra, ni una mirada, ni un movimiento. Y entretanto los escribas y fariseos acusaban, sin cesar un momento, a Jesús. ¡Qué dignidad la del Señor entre los gritos desaforados de los sanhedritas y la vileza y podredumbre del tetrarca y de sus degradados cortesanos!



63. JESÚS ANTE HERODES ANTIPAS.

Flagelación del Señor

Dijo Pilato:

—«¿Qué mal ha hecho éste? Yo no encuentro en él causa alguna de muerte. Por tanto, lo castigaré y luego lo pondré en libertad. Mandaré que le azoten y luego lo soltaré.»

Entonces Pilato tomó a Jesús y le hizo azotar.

San Lucas XXIII, 16 y 23; San Juan XIX, 1.

Núm. 64.—Explicación de la lámina:

1. La flagelación, monstruosa injusticia. Viendo Pilato que los judíos proseguían amotinándose contra Jesús, el juez, con notoria injusticia, lo condenó a ser azotado. Pensó el inicuo juez —dice San Ligorio— que con este bárbaro proceder se granjearía el Salvador la compasión de sus enemigos, y lograría por este medio librarle de la muerte.

2. La flagelación, suplicio ignominioso. La flagelación era un castigo propio de los esclavos, y nuestro amoroso Redentor, como advierte San Bernardo, quiso no sólo tomar forma de esclavo, sujetándose a la voluntad de otro, sino de esclavo rebelde, para ser castigado con azotes y pagar la pena que merecíamos los hombres por habernos hecho esclavos del pecado.

3. La flagelación, suplicio cruel. La flagelación de nuestro Señor Jesucristo fue un suplicio tremendamente cruel. «La sangre de Jesús —dice San Ligorio— corre por todas partes, quedando bañados en sangre divina los azotes, las manos de los verdugos, la columna y hasta la tierra». «Hiérenle, exclama llorando San Lorenzo Justiniano; los azotes despedazan todo su cuerpo; unas veces alcanzan sus piernas, otras cruzan sus espaldas, añadiendo a unas heridas otras heridas, y llagas más crueles a las primeras llagas».

«Ya corre la sangre divina, exclamaba San Buenaventura; a las llagas se añaden otras llagas, y a las heridas otras nuevas». Sin embargo, aquellos bárbaros verdugos no se cansan, cumpliéndose lo que dijo el profeta: «y aumentaron más y más el dolor de mis llagas». «Los azotes ya no sólo desgarran los miembros del Salvador, dice San Ligorio, sino que le arrancan pedazos de carne que van a caer a lo lejos?».

Finalmente, las carnes sacrosantas de Cristo, quedaron tan desgarradas y deshechas, que a través de las heridas, dice un piadoso escritor, se le podían contar los huesos.

Varios autores como Cornelio Alápide y San Lorenzo Justiniano, dicen que Jesucristo hubiera muerto en este suplicio, si el poder de Dios no le hubiera fortalecido para de esta forma capacitarlo a poder sufrir mayores tormentos (Vease San Ligorio en *Amor del Alma*, cap. VIII).



64. FLAGELACIÓN DE JESÚS.

La coronación de espinas

Los soldados del presidente llevaron a Jesús dentro del atrio o pretorio, y reunieron en torno de él a toda la cohorte. Y entrelazando una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza. Y despojándole de sus vestiduras, le vistieron una clámide de grana, y pusieron una caña en su mano derecha. Y venían a él: y arrodillándose delante de él, y haciéndole reverencia, comenzaron a saludarle, mofándose de él y diciendo:

—¡Salud, rey de los judíos!

Y le daban bofetadas, y le escupían; y tomándole la caña, le daban con ella golpes en la cabeza.

*San Mateo, XXVII, 26-30; San Marcos XY, 15-18;
San Juan XIX, 1-3.*

Núm. 65.—Explicación de la lámina:

El sentimiento con que el artista ha ideado y realizado esta admirable escena lo expresa él mismo con estas palabras: «Si hubiera sido posible añadir dolor a los tormentos ya sufridos, se lo hubieran ocasionado sin duda las burlas infames y los groseros escarnios que Jesús iba ahora a recibir de la soldadesca... A una aflicción de corazón mayor de lo que podemos entender, y a unos padecimientos físicos superiores a los que un mortal puede soportar sin morir, se agregó ahora la humillación de ser objeto de diversión y de mofa de aquella hez de la humanidad. Porque esos hombres ni aun eran romanos, salvo en el nombre, pues las filas de los ejércitos imperiales destinados al servicio en el extranjero eran principalmente reclutadas entre la escoria de las provincias tributarias».

En la narración evangélica hay que notar algunas circunstancias. El lugar de la coronación parece que fue, según la expresión de San Marcos, el atrio o patio del pretorio. La clámide de púrpura era un manto cuadrado de lana roja. Las espinas de la corona eran probablemente ramitas espinosas de azufaito, amontonadas sobre la cabeza y apretadas con un cerco de juncos. La cohorte convocada para asistir a este espectáculo constaba de 500 a 600 hombres. No dicen, empero, los evangelistas que todos acudiesen.

Yo pienso que la corona de espinas pudieron hacerla de las ramas de las zarzas, que son muy espinosas y flexibles. Las zarzas son muy conocidas por sus frutos, comestibles, las zarzamoras, que al madurar son negras. Con estas ramas es muy fácil tejer una corona, porque son largas y flexibles, como los sarmientos de la vid, y muy espinosas, por lo cual al encasquillarlo en la cabeza, debería causar un dolor terriblemente grande y cruel.